Un divorcio

No nos pudimos dar cuenta bien de cómo fué aquello. La cosa tuvo la rapidez de las grandes catástrofes.

Nos vimos rodeados por una muralla de agua que a causa de la fosforescencia parecía también una muralla de fuego. El bote hubiera volcado si Tremassiu no hubiese arriado toda la vela.

Yo estaba afligido a causa de la presencia de la joven esposa de nuestro amigo Bard.

Miralot y Tremassiu nadaban apenas para salir del paso, pero Bard y yo éramos grandes nadadores. La señora Bard sólo podría, pues, ser salvada por alguno de los dos.

Vi claramente lo que había que hacer, y les grité, en medio del horrible temporal, con una voz que dominó el viento y las olas:

—¡Amigos!... Si naufragamos, prendanse a las tablas... Usted, Bard, acérquese a su esposa.

Mis palabras fueron acogidas bastante diversamente.

Estábamos tan acostumbrados a bromear en medio del peligro, que Miralot y Tremassiu soltaron la carcajada. Pero Bard, que estaba más cerca, se impresionó al oir el tono de mis palabras y soltó una ahogada exclamación. Su saco, que empezó a quitarse, nos azotó el rostro.

Comprendí que se desvestía.

—Buena precaución — grité.

No había acabado de decirlo, cuando una ola más furiosa cayó sobre nosotros. Anduvimos dando vueltas durante unos segundos; después nos sentimos tan rudamente levantados a estribor que, por instinto, me así a la barra para no caer.

—¡Bard! — grité. — ¡Zozobramos!

Las fosforescencias me hicieron ver entonces que, apartando a su mujer, Bard saltaba al agua.

No tuve tiempo de reflexionar: el bote volcó y me encontré bamboleándome debajo de una especie de campana. Mis brazos tropezaron con un cuerpo que se agitaba bajo el agua. No dudé ni un momento de que se trataba de la señora Bard. La así fuertemente y me hundí.

El viento y las olas se llevaron el bote, por lo que reaparecí con mi carga en la superficie libre.

Un bulto negro desapareció a dos metros de distancia: era nuestra embarcación.

Si yo hubiera perdido la sangre fría, sólo por un segundo, la señora Bard se habría hundido en el abismo. Por suerte, conservé la necesaria presencia de ánimo, y, a pesar del furor del viento y de las olas, no solté mi presa y exploré con la vista los alrededores.

Entonces divisé a Bard, a una braza de distancia. El hombre nadaba con energía.

—¡Bard! — grité; — tu mujer está aquí... ¡Socorro!

Estábamos casi juntos. Bard volvió la cara, alterada por el terror, y se apuró aún más.

Comprendí que le empujaba el instinto de conservación y que nada sacaría de él.

—Nos abandona — dijo una voz en mi oído. — ¡Déjeme morir y sálvese usted!

Era la señora Bard. Con un valor del que creo existan raros ejemplos, se esforzaba por aliviar la carga, agarrándose con una mano a mi hombro.

Amaba a su marido y acababa de leer el horrible egoísmo del miedo en ese rostro que ella había cubierto antes de ardientes besos.

—Señora — le dije, — no se desespere... Puedo resistir todavía.

¿Me oyó? No lo sé. Nuestra situación se hacía cada vez más peligrosa.

La violencia del viento había cesado, pero las olas parecían aumentar.

Nos aproximábamos a la costa, y apenas me bastarían las fuerzas para salvarme yo solo.

Bard seguía nadando delante de mí; él también preveía, sin duda, el momento terrible en que llegaríamos a las rompientes. Volvía la cabeza y buscaba, como yo, una tabla cualquiera para apoyarse en ella. La suerte me favoreció: vi antes que él un pedazo de nuestro bote: la especie de tarima movible que tenía en el fondo.

¡Era la salvación! Me lanzaba ya con ardor para asir ese objeto, cuando Bard lo vió también y con una prontitud que mi carga me impedía tener, se apoderó de él y lo alejó de mí.

—¡Bard! — grité con tono suplicante.

Una vez más mi amigo nos dejó ver su rostro convulsionado por el terror, sus ojos, en los que no subsistía nada humano, y arrastrado por la tabla desapareció en las tinieblas. No me cabía ya duda ninguna sobre su proceder: nos sacrificaba.

Poco más tarde, arrollado por una ola terrible, me creí perdido sin remedio. La joven seguía nerviosamente aferrada a mi hombro, pero la sentía debilitarse; tal vez comprendió, por el jadeo de mi pecho, que mis fuerzas se agotaban, porque, de golpe, me soltó.

La vida se me ofrecía tentadora... ¿Vacilé? No podría decirlo, pero esa vacilación debió durar muy poco, porque en seguida me hundí y volví a traer a la superficie a la señora Bard.

Sobre lo que sucedió después, no tengo más que nociones confusas. Parece que me encontraron en la playa, al lado de mi compañera de infortunio.

Tremassiu y Miralot, asidos a una tabla, habían llegado antes que nosotros y habían pedido auxilio. Una multitud considerable nos rodeaba, a pesar de lo avanzado de la hora. Las antorchas iluminaban a los médicos inclinados sobre mí y sobre mi compañera.

Fuí el primero que recobré el sentido. Vi a Bard arrodillado junto a su joven esposa, llamándola con los nombres más cariñosos. Recordé entonces, y yo también me quedé esperando ansiosamente.

La espera no fué larga. La señora Bard abrió los ojos, sorprendida; después, como me había pasado a mí, el recuerdo se presentó en su mente.

En ese momento, Bard se arrojó sobre su mujer, con la intención de abrazarla... Nunca olvidaré cómo apartó ella a su cobarde marido; cómo lo contuvo con una mirada más fría que el hielo, mientras me tendía a mí la mano, con una efusión conmovedora.

No volví a verla, pero supe a los tres meses que los jóvenes esposos tramitaban un juicio de divorcio. Tal vez yo he sido el único a quien esa noticia no causó la menor sorpresa.

J. H. Rosny.

Se non è vero...

A propósito de la muerte de la emperatriz Eugenia, un «magazine» inglés narra la curiosa anécdota siguiente:

El sitio donde había sido enterrado el príncipe imperial, en el Zululand, estaba marcado por una gran piedra. Pero cuando la emperatriz empezó las investigaciones para dar con el cuerpo de su hijo, por más que se buscó, no fué posible encontrar el lugar de la sepultura.

Un día que se exploraba el terreno, la emperatriz dijo:

—Aquí es, aquí debe estar... No tengo la menor duda.

Los guías recorrieron el terreno, y, efectivamente, encontraron el cuerpo del príncipe.

La emperatriz había reconocido el perfume especial que acostumbraba a usar siempre su hijo; una esencia de violeta de penetrante aroma; tan penetrante, que persistía después de tanto tiempo, y a pesar de la tierra que cubría el cadáver.

El jabón perjudica la cabellera a causa del álcali que contiene

La mayoría de los jabones y shampús compuestos contienen demasiado álcali, substancia ésta muy perjudicial, puesto que deseca el cuero cabelludo y hace frágil el cabello. No hay nada mejor para la limpieza del cabello que puro aceite de coco mulsified porque es puro y absolutamente inofensivo. Es más económico e incomparablemente más eficaz que el jabón más costoso o cualquier otra cosa. Lo venden todas las boticas y droguerías, perfumerías y peluquerías. Bastan unas cuantas onzas para toda una familia durante meses.

NORMA TALMADGE
Favorita del Cine

Mójese sencillamente el cabello con agua tibia y fróteselo luego con éste. Basta una cucharadita de este aceite para obtener una espuma rica y abundante, la cual se enjuaga fácilmente, dejando la cabellera en un estado de limpieza absoluta. El cabello se seca rápida y uniformemente, haciéndose flexible, sedoso, ondulado y lustroso. El aceite de coco mulsified disuelve y quita hasta la última partícula de polvo y caspa. Exíjase que lleve el nombre mulsified.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI0000607C00580000